

EL ACTO CREADOR DE LA ESCRITURA ACADÉMICA Y LA CONSERVACIÓN CULTURAL

ÁNGEL DAVID RONCANCIO GARCÍA*
DAVID ANDRES CAMARGO MAYORGA**

“La escuela es requerida para perpetuar y transmitir el capital de signos culturales consagrados, esto es, la cultura que le ha sido heredada por los creadores intelectuales del pasado, y para moldear a una práctica en concordancia con los modelos de esa cultura a un público agredido por mensajes conflictivos, cismáticos y heréticos --por ejemplo, en nuestra sociedad, los medios de comunicación modernos”.
(Bourdieu, 2002, pág. 15)

La producción académica sea científica, intelectual o meramente difusiva, detenta una increíble interacción de poderes, agentes, e intereses sociales y económicos incluso. Esas relaciones entre los diversos agentes tras la producción académica, agentes tales como estudiantes, docentes, investigadores, editores, organismos financiadores de investigación, corporaciones, o incluso fuerzas políticas, están mediadas por su posición respecto a las autoridades propiamente culturales (como las universidades, las editoriales, los conglomerados noticiosos) cuyos poderes organizan el llamado “campo intelectual” como bien lo sugiere el epígrafe de este artículo.

Bourdieu (2002) sugiere que los actos o juicios culturales siempre contienen una referencia a la ortodoxia, es decir a una especie de tradición o sistema cultural de referencia para la creación de todo nuevo contenido. En otras palabras es difícil crear algo absolutamente nuevo sin jamás traer a colación (o técnicamente, citación) a los anteriores referentes, autoridades, o fuentes. Es precisamente más fuerte esta dependencia de la tradición, en el campo intelectual dado que es un sistema estructurado, todos los agentes sean individuos o grupos sociales que intervienen en la manipulación de los bienes culturales, mantienen no sólo relaciones competitivas, como las de generar más

producción académica, sino también relaciones de complementariedad funcional, es decir, la creación de nuevo conocimiento se da por la sinergia de distintos agentes que a veces pueden compartir, avanzar y evolucionar conceptos, aplicaciones, o enfoques.

En este sentido, las publicaciones académicas, sean científicas (indexadas) o no, tienen el compromiso de la institución educativa llamada escuela o universidad, que es tanto mantener la tradición, como garantizar que el campo del conocimiento permanezca dentro del canon o corpus de la creación cultural de la sociedad moderna. Así entonces, las instituciones educativas deben estar entregadas a su función de conservación cultural.

Si bien esta función de conservación es suficiente para explicar la reproducción del saber occidental en los últimos 800 años, pareciera que a la vez ha entrado en una crisis propia de la edad media. El conocimiento y la cultura son tan excesivamente autorreferenciales, que la creación e innovación se diluyen antes de afirmar su existencia. Pensemos en la gran cantidad de nuevas patentes y artículos científicos que se registran cada día y cada año, en relación con la posibilidad de que en efecto la patente sea novedosa, útil, o que el artículo publicado haya tenido algún tipo de relevancia y que se mantenga su relevancia en el tiempo. Pero también podemos

* Editor Revista Criterios y Docente investigador de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Económicas Miembro del grupo de estudios contemporáneos en Contabilidad, Gestión y Organizaciones, y del grupo GECS, Grupo de estudios en calidad de la educación y construcción de sujeto - Universidad Militar Nueva Granada. Correo electrónico: angel.roncancio@unimilitar.edu.co

** Editor Revista Facultad de Ciencias Económicas y Docente investigador de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Económicas Miembro del grupo de estudios contemporáneos en Contabilidad, Gestión y Organizaciones - Universidad Militar Nueva Granada. Correo electrónico: david.camargo@unimilitar.edu.co

pensar en el arte contemporáneo, en donde incluso salirse del canon de la tradición ya no es original, en la literatura, y en el cine, manifestaciones culturales que cada vez tienen que apelar más al refrito y al rescate de la repetición, de reutilizar viejos estilos, o de simplemente traerlos sin más, no es casual que el cine comercial y la literatura juvenil sean tan cuestionadas por su falta sin originalidad a la hora de hacer remakes de obras de hace apenas una década o de hacer extensas sagas de obras que no apelan a otro interés que el mayor recaudo de dinero. Ello cuando no hay que apelar a versiones más extremas, crudas o radicales para afirmar la originalidad de algo.

En plena segunda guerra mundial, el escritor Thomas S. Eliot plantea un interrogante similar desde la literatura, con respecto a qué hace que consideremos algo, una obra o un autor como un verdadero clásico. A propósito, Eliot (2004) exige casi como una demanda que para que un texto o autor se consideren clásicos deben presentar atributos como madurez intelectual, madurez y respeto de las tradiciones o fuentes, madurez en el estilo y en la lengua (algo difícil de encontrar en buena parte de la literatura científica) y el atributo más raro de encontrar, universalidad. La universalidad es la capacidad de trascender más allá de las fronteras, la lengua materna, las barreras geográficas, e incluso históricas, pero también la pretensión de universalidad es la de construir la identidad cultural de una comunidad.

Es por eso que en el sentido de Eliot, consideramos a las obras de Homero un clásico, a Virgilio, Dante, Cervantes, a Shakespeare, la Biblia misma, así como las sagas nórdicas y los mitos fundacionales hindúes o de los nativos americanos. Lo que las diferencia, es la tradición que los replica y los difunde, es decir los medios de difusión.

Si pensamos en cuáles son los clásicos de la ciencia, pues encontramos una tradición similar, pero no por ello análoga a la de la literatura. Las obras de Platón, Aristóteles y otros clásicos antiguos se siguen leyendo en filosofía, sociología y política, pero no tanto sus aportes a la ciencia en tanto mero interés histórico. Pero la difusión sigue siendo demandada en la educación occidental. Mientras que la tradición de la modernidad científica considera como clásicos, las obras de autores como Copérnico, Bruno, Galileo, Kepler, Newton, y de la filosofía moderna como Descartes, Locke, Hobbes, Kant, Comte, Nietzsche, entre otros como “nuevos

clásicos” dignos de seguir siendo estudiados para el mundo actual por su pretensión de universalidad, mas no como curiosidad histórica.

Esta falta de pretensión de universalidad en la ciencia actual, es lo que hace que difícilmente algo sea en el sentido estricto novedoso, permanezca y se convierta en un nuevo referente. Los últimos textos científicos en forma de tratado y de gran alcance son de mediados del s. XX y son pocos en la segunda mitad. Hablamos de todas las disciplinas científicas como la física, la astronomía, la matemática la sociología y antropología e incluso la economía. En la actualidad la forma de difusión está subordinada al artículo científico, que es totalmente concreto, su objeto de investigación es a veces tan hiper-especializado que solo algunos expertos pueden entenderlo y su pretensión es exclusivamente intentar explicar o a veces entender, un pequeño campo de conocimiento, un pequeño sector epistemológico que a veces no interfiere con otros campos y ni siquiera le interesan porque es indiferente a ellos. Edgar Morin, ha cuestionado en buena parte de su obra esta pretensión de universalidad de la “Universidad” –el término pareciera un cinismo– pues la atomización del saber lleva a una sociedad del conocimiento a la indiferencia sobre los problemas reales del ser humano en relación a su entorno, por ello postula a modo de solución una “Pluriversidad”, ante la anterior tradición del campo académico.

Como bien menciona Bourdieu, el campo académico ha derivado en un alto sentido de competencia (algo entendible si vemos en los procesos de modernización institucional de la educación, la incorporación de modelos de gestión corporativa y burocrática propios de otros sectores). El estudiante, el profesor y el investigador, son los nuevos agentes de conservación de la cultura, pero compiten por reproducir y generar en masa, en medio de una tormenta de creaciones culturales que pueden a veces tener relevancia, pero muchas veces no. “Lo que con frecuencia es descrito como competencia por el éxito es en realidad una competencia por la consagración librada en un mundo intelectual dominado por la competencia entre las autoridades que reclaman el monopolio de la legitimidad cultural y el derecho a retener y conferir esta consagración en nombre de principios fundamentalmente opuestos: la autoridad personal invocada por el creador y la autoridad institucional favorecida por el profesor” (Bourdieu, 2002, p. 26).

Edmund Husserl, en la primera mitad del s. XX, plantea una curiosa pero pesimista tesis sobre la crisis de la ciencia de su época. No en una crisis en las ciencias, sino en una crisis de la ciencia en tanto ciencia, puesto que en nuestra “penuria vital” esta ciencia no tiene nada que decirnos, ello desde el punto de vista de cómo la ciencia comunica sus contenidos, y en cómo genera nuevo conocimiento. El problema tras la postura de Husserl, es nada menos la conexión entre Teoría y Praxis, el ideal platónico de la actividad intelectual que debería generar un ethos, un modo de vida y una actitud hacia la vida misma del investigador.

La crítica de Husserl (1962), no se dirige necesariamente a los contenidos de la ciencia, ni al contenido informativo de las diversas teorías, sino a la decreciente formación de un habitus, de una permanente postura reflexiva de quienes hacen ciencia, sea teórica (en su acepción contemporánea), aplicada, experimental, o interventiva, situación que se encarna en las pretensiones de las ciencias positivas y de los enfoques cuantitativos que Habermas (1982) resalta en su famosa obra *Conocimiento e Interés* en su crítica a la reproducción del saber científico. Esto denota una crisis en ese espíritu científico del s. XX la cual se acrecienta después de la segunda guerra mundial.

Esta crítica de Husserl y Habermas, cobra fuerza cuando pensamos en la inmensa cantidad de publicaciones científicas, académicas o de difusión que existen en la actualidad, pero en especial cuando pensamos en la relevancia de sus contenidos, en el impacto entre otros pares académicos y en la utilidad de la inmensa cantidad de artículos que se publican cada año. Para darnos una idea, hacia 2012 se calculaba que había más de 28 mil revistas científicas activas que usaban el método de la revisión de pares, ahora bien los procesos de selección editorial y de seguimiento no son los mismos, además de la barreras tradicionales que se impone para publicar en ciertas revistas. Un premio nobel en cualquier categoría debe estar publicando alrededor de 30 a 50 artículos por año, y un científico regular alrededor de unos 10. Es una alta exigencia, teniendo en cuenta los criterios de calidad de las grandes revistas científicas, que ha sido cuestionado por no pocos intelectuales y hasta los mismos premiados con el nobel.

En los últimos años se ha desarrollado una paradoja con respecto a si es o no importante publicar los trabajos académicos de estudiantes de distintos niveles de formación (pregrado y posgrados, en especial) ello en

relación a su pertinencia y calidad. En otras palabras, la paradoja entre calidad, cantidad y necesidad.

Ahora bien, si lo que nos preocupaba era el problema del exceso de conocimiento insulso, ¿Cuál es el valor y la función de publicar algo? ¿Cómo saber si el producto de una reflexión o de un análisis instrumental es acertado o útil? ¿Es necesario publicar para existir?, es más, ¿es necesario publicar?

Para deshilvanar esta serie de interrogantes, debemos apelar al origen de nuestra discusión, el papel cultural de la creación académica. En este sentido, que nuestros estudiantes o profesores publiquen es apenas natural en su entorno, es una manera de perpetuar la tradición y el conocimiento, y es también la manera de generar interacciones con otros saberes y otros pares, es decir con personas a quienes en condición de paridad se les reconoce como coautores o colaboradores.

Sin caer en la exageración de decir que quien no tiene algo publicado no existe (hay grandes académicos e intelectuales que no están interesados en publicar periódicamente) el acto creativo de escribir, así sea para una revista académica de ingeniería, de ciencias económicas, de ciencias naturales, o de artes, es en sí mismo, un ejercicio de reflexión y de reconocimiento de los aportes de otras fuentes, de otros pares. Es decir, el acto de la creación académica no es solo intelectual o epistemológico, es un acto ético de reconocimiento y respeto de los aportes del otro, es un acto de alteridad.

Por otro lado es necesario poner a prueba lo que se cree saber, y en la actualidad poner a prueba es uno de los elementos esenciales de la escuela o universidad (no podemos entrar a examinar mejor este asunto sobre si los mecanismos son los adecuados o no, por cuestiones de extensión y pertinencia), pues se requiere de conceptos de evaluación, de estandarización, de calidad y de exigencia académica, sin importar el área de conocimiento. Escribir siempre es difícil, y la escritura académica tiene sus exigencias, pero es allí donde se prueba cual fue el grado de asimilación, argumentación, síntesis, originalidad, claridad y concreción de un autor. Y es en la cantidad y calidad de estas publicaciones académicas en que se generan estándares de medición de universidades a nivel internacional, en ese sentido, publicar legitima la tradición y genera rankings, más allá de lo adecuados que sean.

Finalmente, podemos afirmar que quien escribe se afirma, no necesariamente como investigador, o como experto, no debemos caer en esa falacia. Se afirma como autor, como creador, más allá del alcance de su texto o de su experticia instrumental o de su capacidad de relacionar argumentos y elaborar análisis. Y quien desea seguir el camino académico, científica o de perfil investigativo, legitimará su perfil exclusivamente por medio de las publicaciones que haya hecho. Por esto último, como toda disciplina, la escritura académica tiene sus propias prácticas, las cuales se afianzan en el ejercicio mismo, la escritura se pule, mejora y genera satisfacciones y también sufrimientos. Esa meta de logro es casi exclusiva del campo académico, se trata

del reconocimiento de la comunidad o del campo académico. Es el círculo de la alteridad que se cierra tras el acto creador de la escritura académica.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (2002). Campo intelectual y proyecto creador. En Campo de poder, Campo intelectual. Montessor. Obtenido de <https://docs.google.com/file/d/0B1KBLt4UJ5zaGZYTXU4MVFTb2ExRmZXNW5ucE5CUQ/edit>
- Eliot, T. (2004). Lo clásico y el talento individual. Mexico: Universidad Autónoma de México.
- Habermas, J. (1982). Conocimiento e Interés. Madrid: Taurus.
- Husserl, E. (1962). La filosofía como ciencia estricta. Buenos Aires: Editorial Nova.